EL MAESTRO ARTURO TOSCANINI

Por Lácides Martínez Ávila

El 16 de enero de 1957, falleció, en su domicilio de Riverdale, en Nuéva York, víctima de un ataque de apoplejía, a la edad de noventa años y al lado de sus hijos Walter y Wally, el célebre director de orquesta italiano Arturo Toscanini. Al cumplirse hoy el vigésimo sexto aniversario de esta sensible pérdida para la música del siglo XX, presentamos aquí una semblanza de tan notable conductor orquestal.

Nació Toscanini en Parma (Italia) el 28 de marzo de 1867. Hizo sus estudios en el conservatorio de su ciudad natal. A los dieciocho años, se inició como violoncelista en una orquesta.

Su excepcional memoria le permitía interpretar su parte sin necesidad de usar el papel, luego de unos cuantos ensayos. Cuentan que una noche en que la función estuvo a punto de ser suspendida a raíz de una discordia surgida de repente entre los artistas y el conductor de la orquesta, el joven Toscanini fue elegido por sus compañeros para que reemplazara a aquél, y con ese fin fue prácticamente arrastrado por ellos hasta la tarima correspondiente al director. Toscanini condujo sin partitura (se trataba de la ópera *“Aída”*), y, al caer el telón, una atronadora y delirante ovación estalló en la sala en honor del improvisado y joven director.

Tuvo así Arturo Toscanini su primera presentación como director de orquesta, consagrándose, a partir de esa misma función, como un “genio único”, pues desde ese momento se le reconocieron sus excelentes dones de director orquestal, lo que decidió definitivamente su carrera.

Bastante joven, actuó como director de orquesta en Génova, Turín y Roma. Su fama fue creciendo cada día más, hasta el punto de que llegó a considerársele la primera batuta de este siglo. En 1908, viajó, por primera vez, a Estados Unidos, acompañando a Guilio Gatti, maestro de la Scala de Milán y quien acababa de ser nombrado director de la Opera Metropolitana de Nueva York. De 1920 a 1927, fue director de la Scala de Milán. Realizó, por aquellos años, una serie de correrías a través de Europa y América. En 1920 llegó por segunda ocasión a Estados Unidos y dio una gira de conciertos al mando de su propia orquesta.

En 1927, fue nombrado director principal de la Orquesta Filarmónica de Nueva York. En esta misma ciudad, también dirigió la Opera Metropolitana durante siete temporadas consecutivas, período en el cual no sólo hizo grandes presentaciones de las más famosas óperas, sino que, además, interpretó muchas obras que, entre nosotros los americanos, se hallaban ya en el olvido.Entre 1930 y 1931, dirigió, en Bayreuth, *“Tannhäuser”*, *“Tristán”* y *“Parsifal”*, y fue, hasta 1938, uno de los directores del Festival de Salzburgo. En 1936, se hizo cargo de la orquesta de la National Broadcasting Corporation de Nueva York. Dirigió por aquel tiempo la *Novena Sinforía* de Beethoven.

Dominó Toscanini, como se ve, el mundo musical americano durante cerca de medio siglo. En 1944, al cabo de ocho años de estar dirigiendo la orquesta de la National Broadcasting Corporation, anunció que había tomado la decisión de retirarse, y escribió a David Sarnoff, presidente de dicha corporación, diciéndole: “Ha llegado el triste momento en que debo, no sin pesar, bajar la batuta y decirle a mi orquesta: Adiós”. Sin embargo, siguió actuando durante diez años más.

En 1950, efectué una correría por las más importantes ciudades de Estados Unidos, y las multitudes se aglomeraban para aplaudir al mismo que todo el mundo admiraba, no sólo por su extraordinario talento musical, sino también por su irreductible apego a la libertad artística y general, como lo prueba el hecho de que se hubiese atrevido a rechazar la proposición de dirigir de nuevo la Scala de Milán bajo el régimen de Mussolini. Difícilmente se hubiese podido encontrar a otra persona capaz de hacer un rechazo semejante. También era de todos conocida su actitud patriótica adoptada durante la Primera Guerra Mundial en el sentido de no dirigir música alemana.

El 4 de abril de 1954, dirigió su último concierto, en el Carnegie Hall, y lo dedicó por completo a Wagner. Al final de la presentación, se le cayó la batuta de las manos y abandonó la tarima antes que terminara la última nota. Pese a la impresionante aclamación, sin precedentes en el Carnegie Hall, el maestro, impedido por la emoción, se abstuvo de dar el postrer saludo a su público. El 27 de octubre de ese mismo año la orquesta de la National Broadcasting rindió un homenaje a su antiguo conductor, dando un concierto en el que demostró que bajo la dirección de Toscanini había sido impregnada del talento de los genios. A partir de aquel año, el gran maestro parmesano permaneció prácticamente a la espera de la muerte, que le llegaría tres años más tarde.

Toscanini era un hombre de carácter fuerte, rasgo peculiar que se les atribuye a los músicos de Italia. Los integrantes de la orquesta de la National Broadcasting habrían de recordar, tiempo después, con afectuosa y comprensiva sonrisa, cómo el maestro, cuando se encolerizaba por la indisciplina de sus músicos, se jalaba los bigotes e invocaba a “todos los santos patronos de la música”, en tanto que daba golpes sobre el atril. En más de una ocasión, abandonó la sala de ensayos y volvía a la orquesta sólo en el momento en que se anunciaba la iniciación del concierto en público.

Al enterarse de la muerte de Arturo Toscanini, el presidente de Italia de aquel entonces, Giovanni Gronchi, envió el siguiente mensaje a Walter Toscanini, el hijo del difunto: “La desaparición de Arturo Toscanini es un duelo para toda la nación. Todos los italianos han seguido siempre, con admiración y emoción, el ascenso del Maestro infatigable, y han reconocido en su genio una representación de Italia, que en el arte, como en la ciencia y la cultura, ha extendido en todo tiempo una luz creadora de belleza y de civilización. Me asocio, en nombre de todo el pueblo italiano, a vuestro duelo y al pesar de todos”

Diario del Caribe. Revista Intermedio. (Barraquilla),
16 enero 1983.